

ÁLVARO HUERGA TERUELO: SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Dámaso Chicharro Chamorro

RESUMEN: Enfocamos en este trabajo la personalidad y obra literaria de uno de los investigadores más conspicuos de la literatura «espiritual» del siglo XVI. Su libro *Los alumbrados de Baeza*, Premio Cazabán del IEG, parte luego de su famosa *Historia de los alumbrados* (1978-1994), se constituye hoy en un auténtico clásico, así como su edición de las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada en 52 tomos nada menos. Con nuestras referencias personales y una entrevista del año 2000 componemos esta merecida «biografía giennense», pues nunca exaltaremos suficientemente a quien tanto hizo por nuestra cultura en sus momentos de mayor esplendor.

ABSTRACT: In this study we focus on the literary personality of one of the most conspicuous investigators of «spiritual» literature during the XVIth century. His book *Los alumbrados de Baeza*, won the prize Cazaban of the IEG that became part of his famous *Historia de los alumbrados* (1978-1994). It constitutes nowadays an authentic classic, as it is his edition in 52 volumes of Fray Luis de Granada's *Obras Completas*. With our personal allusions and an interview completed in the year 2000, we create this deserved «Giennensis biography.» We will never praise sufficiently someone who did so much for our culture during his moments of highest splendor.

Cuando hace unos días asistíamos en el paraninfo de la Universidad de Baeza a una espléndida conferencia del padre Álvaro Huerga Teruelo sobre San Juan de Ávila, celebrada con motivo del 470 aniversario de la llegada del santo a la ciudad, en el mes de mayo de 2009, impartida bajo el lema de 'San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia', poco imaginábamos que habríamos de pergeñar esta semblanza biográfica del conferenciante que con tanto gusto nos disponemos a trazar. Pero las circunstancias son como son y los hechos tozudos cuando no irreversibles. No podíamos imaginar, como digo, que nos hallábamos ante una oportunidad verdaderamente única, tanto para nuestra propia y deseada relación con el P.

Huerga como para el conocimiento de los aspectos más relevantes de su historia personal, que apenas teníamos entrevista desde la distancia y asepsia de la apasionada lectura de sus decisivos libros sobre la espiritualidad en el XVI, como el de Fray Luis de Granada o el conocido asunto de los alumbrados de Baeza, temas en los que es consumado especialista de relevancia mundial.

Es bien sabido que en el siglo XVI tiene lugar en Baeza un amplísimo movimiento espiritual e intelectual, que culminó en lo que se llamó la ‘secta de los alumbrados’, sin mayor motivo sectario como puede suponerse, pues se trató de personas de honda espiritualidad, que hacían una vida de auténtica y comprometida convicción religiosa, que les llevó a conferir tal carácter a la naciente universidad de la ciudad baezana, divulgando en sus sermones toda la cultura y toda una forma de entender la espiritualidad de aquellos hombres de los que fue motivo único y tuvieron como norma la predicación y la difusión hondamente evangélicas.

En el contexto de aquella conferencia tuvimos ocasión de conocer, de convivir y conversar con el profesor Teruelo, autor por nosotros admirado desde hacía muchos años, conocedor como nadie de tan intrincada materia como los movimientos espirituales del siglo XVI y su honda repercusión en el pensamiento español de los siglos posteriores; autor de uno de los libros más importantes del pensamiento, de la mentalidad y de la espiritualidad en su conjunto, como es su famosa *Historia de los alumbrados*, que fue componiendo y publicando a lo largo de más de 25 años (1978-1994). Me estoy refiriendo, obviamente, a esa obra de consulta inexcusable para quienes nos hemos movido en algún momento de nuestras investigaciones en torno a Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Juan de la Cruz o el padre Jerónimo Gracián. Antes de la publicación de este libro en dos gruesos volúmenes por la FUE, apareció a lo largo de tantos años (1978-1994) en cinco tomos, que se editaron finalmente en los dos de grueso calibre que ahora conocemos. Años antes había tenido lugar la presentación del citado doctor Huerga Teruelo al premio Cronista Cazabán del Instituto de Estudios Giennenses de la Excma. Diputación Provincial de Jaén, galardón muy prestigioso que continúa aún convocándose. Era entonces 1976 y el autor tenía redactado un estudio sobre los alumbrados como parte de un trabajo más amplio. Y lo presentó al referido concurso con el título de *Los alumbrados de Baeza*.

Ni que decir tiene que obtuvo el premio y que vio la luz en forma de libro dos años después, en los primeros meses de 1978. El origen de este libro era, como digo, una más profunda y prolongada investigación

que el doctor Huerga llevaba a término por entonces acerca de la llamada secta de los alumbrados en la comarca del Alto Guadalquivir, asunto que le interesaba particularmente por las peculiaridades de este grupo respecto a los alumbrados de Extremadura (zona de Llerena) y por las personalidades que en aquellos acontecimientos anduvieron envueltas, como la propia Teresa de Jesús, con amago de procesamiento inquisitorial incluido, a cargo del inquisidor de Córdoba Alonso López. Dice el autor que optó al premio Cazabán por pura casualidad, porque una mañana de otoño, esperando a que abriesen la sala de lectura del Archivo General, en Madrid, encontró en el tablón de anuncios la convocatoria de nuestro Instituto de Estudios Giennenses que, gracias a su pertenencia desde su fundación al CSIC, lograba esta tan inocente como valiosa difusión de sus premios. El hecho es que la convocatoria concreta giraba en aquella ocasión en torno a las ciudades de Úbeda y Baeza, con motivo de haber declarado la UNESCO ‘ejemplares’ a tales ciudades por la riqueza de su patrimonio monumental y artístico, mucho antes de que fueran declaradas Patrimonio de la Humanidad en la reciente fecha de 2003. Dice el autor: «Andaba yo huroneando en el Archivo Histórico Nacional las huellas de los alumbrados, precisamente los que pulularon en la Alta Andalucía alrededor de la Universidad de Baeza». La ocasión y el asunto de la convocatoria eran, pues, más que propicios.

Llegó, pues, a presentar este estudio como independiente de lo que al final iba a constituir su gran *Historia de los Alumbrados*, que, pasando el tiempo publicaría la Fundación Universitaria Española, libro del cual formaría parte de manera casi textual el que ahora comentamos. El juicio del jurado del premio fue unánime y positivo. En aquella ocasión se reunió en Jaén bajo la presidencia de Rafael Ortega Sagrista, por delegación del entonces director del IEG don José Antonio de Bonilla y Mir. Como vocales actuaron don Pedro Bellón Solá, don Manuel Fernández Peña, don Juan María Cobo Vera, don José Chamorro Lozano, don Alfonso Sancho Sáez, don Juan Higuera Maldonado y completaba la nómina don Juan González Navarrete, que actuó como secretario. Tal jurado queda aquí con toda justicia consignado, porque esta vez acertó de pleno al otorgar sin vacilación el premio al trabajo que en forma de libro aparecería dos años después con el título, como digo, de *Los alumbrados de Baeza*. Lo que no sabíamos entonces es que, pasado tanto tiempo, este libro se habría de convertir en un auténtico clásico y que, agotado ya, había de constituirse en una auténtica rareza bibliográfica, reclamado por numerosos investigadores, cuyas demandas nos llegan a la universidad constantemente, dada la importancia de este estudio, cuya vigencia y actualidad es tal,

que no habría que quitar ni añadir sentencia para una nueva y más que necesaria reedición.

Esa es la misión que nos tenía hoy ocupados: reeditar el libro, aparecido en 1978, de Álvaro Huerga Teruelo bajo el título de *Los alumbrados de Baeza*, corrigiendo erratas materiales, modernizando y actualizando lo mínimo y no prescindiendo de nada, porque se trata de una obra única, cuya actualidad, como he dicho, resulta más que evidente. El profesor Huerga, que ya era muy conocido en los medios intelectuales, continuó publicando sin interrupción desde entonces hasta el día de hoy, ha ganado cada vez mayor prestigio en la comunidad intelectual y lo ganará aún más cuando pasen los años por su última (por ahora) gran aportación a la cultura y a la espiritualidad del siglo XVI español. Me refiero a la espléndida edición de las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada, constituida nada menos que por 52 tomos, que se ha culminado hace algún tiempo; el primero de los cuales vio la luz en 1994 y que se ha completado en 2007 con la aparición del último, dedicado a los índices. La presentación de estas *Obras Completas* de Fray Luis de Granada tuvo lugar nada menos que en la Biblioteca Nacional de España, bajo el auspicio de los dominicos de Andalucía, ya en mayo de 2008. La responsabilidad de esta edición crítica y completa corrió a su cargo, según consta en la invitación que tenemos en la mano: 'catedrático de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, paleógrafo, archivero, diplomado en humanidades clásicas y doctor Álvaro Huerga Teruelo'. De la importancia de esta edición dan cuenta los siguientes datos: pese a que Fray Justo Cuervo publicó entre 1906 y 1910 una edición de las obras del dominico, en la que no se incluía su producción en latín, y a que Maximino Llana, en su *Bibliografía del V. P. M. Fray Luis de Granada, de la orden de predicadores* (1926-1928) reseñó mas de cuatro mil ediciones de sus obras, no se había abordado hasta la fecha una edición crítica y moderna de estas obras completas, incluyendo las escritas en castellano, las bilingües en castellano y portugués y en castellano y latín.

Además de esta gran obra científica, una de las más valiosas de todo el siglo XX y lo que va de XXI, su aportación está constituida, entre otros estudios de primera magnitud, por su *Episcopologio de Puerto Rico*¹, su *Historia de los alumbrados*², sus numerosos trabajos sobre la orden de los dominicos, su trabajo *Santo Tomás, teólogo de la vida cristiana*³, los varios

¹ Universidad Católica de Puerto Rico, Ponce, 1987 y 1994.

² Madrid, FUE, 5 vols., 1978-1994.

³ FUE, Madrid, 1974.

dedicados al reformador y profeta de la implantación de la Iglesia en el nuevo mundo *Fray Luis de Granada, una vida al servicio de la Iglesia*⁴ y *Los dominicos en Andalucía*,⁵ la *Vida y obra de Fray Bartolomé de las Casas*⁶, su espléndido trabajo *Predicadores, alumbrados e inquisidores en el siglo XVI*⁷, su *Savonarola, reformador y profeta*,⁸ etc., etc. Toda esta ingente obra ha corrido a cargo de este genuino investigador, que ha dedicado los últimos años a dirigir al grupo de especialistas que se ha ocupado del inmenso trabajo que supuso la publicación de estas *Obras Completas* de Fray Luis de Granada, llevada a buen término gracias al patrocinio de la Fundación Universitaria Española y de los dominicos de Andalucía.

No creo que sea el lugar para citar pormenorizada y exhaustivamente, además de lo ya dicho, su ingente aportación global al mundo científico, constituida por decenas de artículos de primera calidad, como «El alumbradismo del tribunal de México en la época de Felipe II», «La preinquisición americana (1516-1568)», «La obra intelectual de la Orden de Predicadores en América», etc., etc., sino que pretendo pergeñar una introducción que revele lo que anida en su alma, su peripecia humana, tan comprometida siempre, la auténtica talla personal del profesor Teruelo, de quien conocemos tanto de sus obras cuan poco, muy poco, casi nada, de su persona. Tan recatado se muestra para revelar algunos datos de su vida que nos ayuden a configurar su auténtico retrato, que el pasado 28 de mayo de 2009, cuando el presentador de esas conferencias en Baeza le solicitaba información de su persona para poder presentarlo correctamente, siquiera la fecha exacta de su nacimiento o el lugar mismo, el padre Huerga se descolgaba diciendo que era muy viejo y que ya no hacían falta tales minucias e irrelevantes datos, ya que su obra estaba allí y que sus palabras iban a ser escuchadas en aquel mismo acto, de manera que el presentador, Antonio Tornero Gámez, ni siquiera en aquella ocasión pudo dejar constancia de la fecha exacta de su nacimiento o el pequeño lugar donde vio la luz. Todo lo más que afirmó de sí (fuimos testigos directos) fue que era «natural de León».

Por eso nos propusimos investigar tales ‘minucias biográficas’, configurar una razonable biografía del doctor Huerga, para formarnos cabal idea de este singular personaje, tan desconocido de tantos, sólo valorado

⁴ BAC, Madrid, 1987.

⁵ Sevilla, 1992.

⁶ Madrid, 1998.

⁷ Madrid, FUE, 1973.

⁸ Madrid, FUE, 1978.

en el ámbito de los investigadores, más que recordado por las espléndidas obras que quedan citadas en los párrafos que anteceden.

Nuestra sorpresa fue que, moviéndonos por las «redes», revisamos la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal, de la Universidad Autónoma de México y allí hallamos, en el *Anuario de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra*, un estudio, más entrevista que historia personal, rubricado por Federico M. Requena en el año 2000, bajo el título de «Conversación en Madrid con Álvaro Huerga». Apareció en el volumen noveno de tal publicación⁹. Como puede imaginarse nuestra alegría fue mucha, porque tal trabajo podía responder a lo que andábamos buscando, ya que pretendíamos trazar en esta introducción una semblanza, una aproximación humana a la figura del profesor, que se nos escapaba y se nos ocultaba voluntariamente. El resultado de nuestras pesquisas, tomando como base tal entrevista, es el trabajo que tiene el lector en sus manos, que con nuestras aportaciones viene a significar la única biografía que creemos existe de tan relevante personaje. Y ésta es la personalidad del profesor Álvaro Huerga, configurada en cierta medida por la documentación extraída de la sinceridad de una entrevista de más de tres horas de duración, más las aportaciones que hemos ido encontrando en otros lugares.

Álvaro Huerga Teruelo nació el 19 de agosto de 1923 en el pueblecito leonés de Nogarejas, un pequeño lugar allá por el valle del río Ería, un afluente del Órbigo, donde tuvo la suerte, según él, de venir al mundo. Él lo dice así: «Nogarejas es un pueblito de la provincia de León en el valle del Ería. El río Ería nace en las montañas de León, corre por todo el valle, de oeste a este, y va de afluente al Órbigo. Por un lado están los montes, donde hay grandes pinares. Una masa inmensa de pinares, que alimentaron una pequeña industria. Estos pinares, que eran del Estado, fueron adquiridos por el pueblo y allí se montaron dos fábricas». Ya están aquí los datos principales: Nogarejas, León, valle del Ería, cuenca del Órbigo. Y continúa, con la nostalgia de quien ha vivido fuera de allí prácticamente toda su dilatada vida: «El monte es una maravilla, porque es una masa de veinte o treinta kilómetros de pinares, de fuentes, de caza mayor, de caza menor, de ciervos, jabalíes. Una estupenda reserva natural. El río, que viene crecido en invierno, está casi seco en verano. Por la parte del sur entramos en una llanura inmensa por la que nos metemos en el valle de Vidriales, en la provincia de Zamora, al oeste de España, cerca de Portugal». Así describe el profesor Huerga su lugar de nacimiento, del cual se encuentra particu-

⁹ Universidad de Navarra, Pamplona, España, 2000.

larmente orgulloso, así como de su familia, la mitad labradores y la mitad pequeños trabajadores del pinar, de donde extraían resinas y maderas, que llevaban a la fábrica. «Había una pequeña empresa de transformación de la madera del pino y del roble, y otra dedicada a la resina, que es de donde se sacaba el aguarrás y la colofonia»; es decir, la conocida vulgarmente como ‘pez rubia’, utilizada en la fabricación de barnices y pinturas, de olor tan característico cuando es desleída en la esencia de trementina.

Respecto a su vida en los primeros años, tuvo la suerte de contar con un excelente maestro, cosa tan decisiva y que solemos olvidar con demasiada frecuencia. El padre Huerga lo cuenta así: «Recibíamos fundamentalmente nuestra instrucción en una escuela nacional. A mí me pilló la guerra española de 1936 en época escolar. Nací en el 23, por lo que tenía trece años cuando estalló la guerra civil. Por entonces la formación escolar se terminaba a los catorce años», (se entiende para quienes no cursaban los estudios universitarios). «Mi maestro se llamaba don Ricardo García Escudero, y tenía fama de ser republicano y medio ateo; pero era muy cordial con los alumnos. Los quería. Me tomó mucho cariño». De este maestro nos cuenta luego verdaderas maravillas, de su preocupación por los alumnos y de su afán emprendedor, a la vez que de su capacidad humana. A él se refiere con estas palabras: «En un intento de formación cultural, el maestro creó una biblioteca para el pueblo y me nombró bibliotecario. Yo catalogaba los libros y hacía los préstamos a las familias. Los dejaba por un mes, por dos meses y por tres meses. Pero luego estalló la guerra y todo eso se vino abajo. Él dirigía también una Escuela de Artes y Oficios para que los chicos aprendiesen, por ejemplo, a trabajar cositas de carpintería. Era un hombre muy emprendedor: hacía colmenas, plantaba moreras por el pueblo...».

Pero el estallido de la guerra, como dice, lo cambió todo, como trunció tantas aspiraciones, y este hombre tuvo que esconderse, porque se consideraba de izquierdas. Sin embargo, Álvaro Huerga no sólo lo defendió cuanto pudo, sino que se dio una feliz coincidencia que permitió que estrecharan los vínculos personales y para siempre. Así nos lo cuenta el futuro sacerdote: «Después de la guerra salió a la luz. No lo persiguieron; no lo condenaron. Recuerdo que me estaba muy agradecido, porque tuve la buena ocurrencia de quemar unas cartas comprometedoras que había dejado en la escuela junto con otros papeles que yo encontré».

En efecto, esta circunstancia —él no lo dice pero realmente fue así— determinó que le salvara la vida y permitió que entre ambos se trabara ya para siempre un firme cariño y una aún más estrecha compenetración. De

hecho este Don Ricardo García Escudero fue el responsable de que Álvaro Huerga se aficionara al estudio, descubriera su vocación intelectual y se animara a leer los primeros libros, aunque todo se viniera abajo por las circunstancias bélicas aludidas. «Él tenía mucho interés –dice– en que yo hiciera estudios superiores. Dadas las posibilidades familiares, podía aspirar a ser maestro». Pero no pudo ser entonces. En aquellas circunstancias era demasiada aspiración, aunque aquella provincia quedara en «zona nacional» y notara menos que otras los embates de la guerra. Al final, como culmen de buena fortuna, ingresó en lo que podría ser un «seminario menor», porque algo había que estudiar en tales momentos. Durante la guerra, pues, enfocó su formación hacia el sacerdocio, la verdad es que como tantos jóvenes para los que esa alternativa era el único modo de adquirir una formación humanística. Su «vocación» hacia la religión, hacia el sacerdocio, se concretó en la orden de los dominicos, dado que en la familia había un tío, hermano de su madre, fraile dominico, cosa que solía influir e incluso decidir entonces con mucha más fuerza de lo que hoy podemos suponer.

Cuando se refiere el padre Huerga a aquellos momentos sólo recuerda lo positivo: «Mi padre tenía pinares y además teníamos labranza. Durante la guerra no pasamos hambre. Además, mi padre era un magnífico cazador; teníamos caza cuando queríamos. Decía: ‘voy a buscar una liebre’, y venía con una liebre, o con palomas, o con caza mayor: cazaba corzos y jabalíes, y así teníamos una ayuda para la comida. Pero al estallar la guerra, en julio de 1936, el proyecto de estudiar para maestro se vino abajo».

Ésta fue la causa, el verdadero origen de su por entonces más que discutible ‘vocación religiosa’. «Mi madre –afirma el profesor Huerga– me llevó a una preceptoría que había en Rosinos de Vidriales, sita en un santuario dedicado a la Virgen del Campo, a orillas de un castro romano, a unos 20 kms. de Nogarejas.... Al frente de la preceptoría, una especie de seminario menor, había unos sacerdotes. Los curas atendían la iglesia del santuario, que se conserva; en cambio, una Virgen románica preciosa que la presidía ha sido robada». Allí recibió una verdadera educación, tal como entonces se entendía, a base de auténtico esfuerzo, con pocos medios pero con indudable tesón, cosa que hoy apenas se valora pero que Huerga no ha olvidado en absoluto. Estudiaban abundante latín, geografía e historia y, al final del curso, venían los profesores del seminario diocesano de Astorga a examinar a los estudiantes. Aquel examen se contaba como primer año de la carrera eclesiástica. «Me acuerdo –dice– de los profesores que me examinaron, de don Moisés, presidente más tarde del Tribunal de la Rota en Madrid».

Sobre el esfuerzo que hubo de realizar y sobre la formación latinista que recibió léase el siguiente comentario: «El curso era fundamentalmente latín. Se aprendía latín por los codos. Al cabo de dos meses sabíamos la gramática latina de memoria, con todas las conjugaciones, los verbos, los irregulares, los adverbios y la composición. Era un sistema pedagógico duro». Estas fundamentales palabras nos reafirman en lo que luego será el profesor Teruelo, un auténtico hombre de latín, que habla con elegancia, entiende, traduce y en el que incluso compone. Sólo así se puede comprender desde nuestra perspectiva la magna edición en 52 tomos de las obras de Fray Luis de Granada, buena parte de las cuales están escritas, como es sabido, en lengua latina. Esta base infantil será decisiva para siempre en él y, en cierto modo, explica y condiciona como razón verdadera su posterior obra en todos los sentidos. «Era un sistema pedagógico duro –agrega– bajo la férula del dómine, aunque tenía más de padre que de dómine. Se llamaba don Ángel Saavedra. A mí me ha servido muchísimo el latín que aprendí en ese año. Al final del curso, en junio del 37, ya componía en latín». Valórese el dato: podía escribir en latín con poco más de catorce años. Si esa base se alcanzara hoy en los estudios latinos elementales, o incluso en los superiores, otro gallo nos cantara por lo que a las humanidades respecta. La pérdida del latín en la Enseñanza Media se ha constituido en la peor rémora y ha supuesto el mayor retraso en las humanidades a lo largo los últimos treinta años y se percibirá en toda su crudeza cuando desaparezca la generación que todavía posee una buena base de latín. Y esto ya tiene poco remedio, en especial para los alumnos de las filologías, que se ven y se desean para entenderlo, abocados a estudiar gramática histórica del español sin conocer a fondo el latín, lo cual conduce a un inexorable e inevitable fracaso. La última generación de filólogos es muestra buena de ello.

Realmente, por tanto, la vocación religiosa del padre Huerga fue muy relativa, por decirlo suavemente. Fueron, como tantas veces, las circunstancias las que influyeron de modo decisivo. Sin su conocimiento del latín, conseguido con tanto esfuerzo, hoy probablemente no estarían editadas las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada del modo que lo están (en particular las latinas); pero probablemente sin ser gobernado por aquel maestro, al que tanto cariño tenía, sin aquel hombre de acrisolada honradez y dedicación al auténtico magisterio tampoco tendríamos la espléndida *Historia de los alumbrados*, que se constituye en sobrada muestra por supuesto en la presente obra sobre los alumbrados baezaños. Es decir, somos hijos de nuestra formación, cuanto más infantil, más decisiva y cuanto más profunda, mejor. En el padre Álvaro Huerga

se conjugan, como vemos, dos tendencias intelectuales, basadas en dos posturas acaso antagónicas, aunque en él absolutamente complementarias. Son ambas formaciones y ambas dimensiones las que explican su valía intelectual y su apertura de miras, su liberalismo en una palabra: la mentalidad abierta, que nos remite a su maestro Ricardo García Escudero, y la formación latina, de un eclesiástico profundo, que recibió en el seminario (la preceptoría) y que no hizo más que cultivar siempre con verdadera fruición. Algo tuvo que ver también la personalidad del padre dominico Manuel Teruelo, que murió en Cuba, hermano de la madre como dijimos y responsable en última instancia también de su formación religiosa. Sin estos dos no habríamos tenido a un hombre de su apertura de mente, de la claridad, de la capacidad crítica en *Los alumbrados de Baeza* por ejemplo. De no ser por aquella formación de la primera infancia, unida a su perspicacia, a su capacidad para penetrar en el fondo de las cosas, para no creerse nada de antemano, para revisar cualquier legajo y para extraer el auténtico sentido de la realidad que encontramos en sus obras, no tendríamos composición tan diáfana y penetrante como la que editamos. Pocos libros tan claros sobre la historia del siglo XVI en la Alta Andalucía, según veremos, como *Los alumbrados de Baeza*.

Así continúa el profesor explicando su evolución. Hubo, en efecto, un cambio decisivo a partir de tan determinadas claves, de la aproximación circunstancial pero necesaria a su tío, que influyó incluso en su vinculación con América, que continúa hasta el día de hoy, pues Álvaro Huerga reside en Puerto Rico y ya difícilmente volverá a Europa: «Tenía un tío –nos cuenta– dominico que murió en Cuba, el padre Manuel Teruelo, un fraile muy espiritual y muy sociólogo, que fundó en Cuba una Iglesia, que sigue todavía abierta, la Iglesia de Jesús Obrero, con un Colegio de Artes y Oficios para los pobres del barrio de ‘El Franquito’ de La Habana. El colegio lo tienen actualmente las hermanitas de la madre Teresa de Calcuta. Los dominicos atendemos la Iglesia». En efecto, he aquí de nuevo el matiz ‘sociológico y comprometido’ que se observa en estas palabras, al referirse a su tío ‘el dominicano’, del que dice que al propio tiempo era muy espiritual y ‘muy sociólogo’. El nombre de la iglesia que funda (Jesús Obrero) nos lo dice todo; así como el colegio, especie de escuela de artes y oficios, dedicada fundamentalmente a elevar el nivel cultural de los pobres del barrio; es decir, un fraile también ‘comprometido’ a su manera.

Del resto de la formación en aquellos primeros años insistirá una y otra vez en la consolidación de su base latina y de su aprendizaje humanístico: «Al terminar el curso en el seminario de Astorga –añade– me

mandaron para La Mejorada, en Olmedo. En ese colegio, que regentaban los dominicos de la provincia de Filipinas, junto a un campo de aviación, me pilló el final de la Guerra, en abril del 39. La Mejorada era un antiguo monasterio de jerónimos, a seis ó siete kilómetros de Olmedo, en medio de unos pinares y junto al río Adaja. Por aquellos campos lo pasé muy bien». Su formación académica va avanzando. En el curso 38-39 estudia allí. Traía ya una buena preparación, como hemos dicho, pero aún la consolidó y aumentó si cabe. E insiste: «El profesor Cipriano Matellán, gran latinista, me distinguió entre los estudiantes. Éramos unos ciento y pico. Ese último año de la guerra fue muy duro, porque pasábamos mucha hambre, había mucha pobreza y no había casi pan para comer». Las circunstancias lo dominan todo y a partir de aquí ya su 'vovación' latinista, humanista y religiosa a su manera está definitivamente encauzada.

Luego lo enviaron al colegio de Almagro, en Ciudad Real, en plena Mancha, para cursar filosofía y empezar teología. A partir de esa estancia todo estaba decidido por lo que a su destino profesional respecta. Es curiosa la opinión negativa que tiene al principio de Almagro y de La Mancha. Dice que allí no había más que libros y campo y Don Quijote en la lontananza y que leía a los clásicos más por aburrimiento que por voluntad, que no había buenos profesores, porque la mayoría habían caído asesinados (así lo dice, sin ningún reparo) en el curso de la Guerra: como no había 'otra cosa que hacer', pues aprendió griego, sólo por el afán de leer a Homero en su lengua original. Es verdaderamente llamativa la fuerza de voluntad del padre Huerga, ya desde tan joven: simplemente porque no quería leer a Homero en castellano, aunque le diera 'tirria' hacerlo en griego, porque quería penetrar en él hasta el fondo, se entrega a la ardua empresa de aprender el griego que le faltaba. Así completó su formación humanística, sólo por el afán de penetrar de verdad en el secreto de un clásico. «Recuerdo –añade– que me daba mucha tirria leerme a Homero en griego, ayudándome naturalmente de una traducción, pero lo leía en griego». Su fuerza de voluntad y obstinación le permiten aprender un idioma con tan 'nimio' motivo. Cuando se tiene tan recia voluntad se puede acometer cualquier empresa y el profesor Huerga lo ha demostrado con creces a lo largo de su fecunda vida: las empresas dificultosas no le arredraban precisamente y no le han asustado en absoluto en el curso de su existencia.

En aquellas tardes interminables lee de continuo a otros poetas clásicos: Virgilio y Horacio principalmente, lee todo lo que cae en sus manos de literatura del tipo o género que sean: «Las humanidades –dice– me han gustado siempre mucho. Creo que una de las cosas que les ha pasado

a los teólogos, dentro de la Orden dominicana, es que han cultivado poco la literatura». Con esta expresión, en apariencia inocente, aclara muchas deficiencias de su orden y de sus diferencias personales con algunos de sus miembros: les ha faltado casi siempre lo que a él le sobra: formación humanística. Esta frase lapidaria de Huerga refleja realmente el carácter de los dominicos: han cultivado poco la literatura y ello les ha conducido a un cierto rigor y sequedad intelectual, que los clásicos suelen dulcificar; se han centrado —piensa— en otras actividades más duras, acaso más profundas, pero menos humanas, y de ahí la dureza que se les asigna desde siempre. Esa frase de que ‘han cultivado poco la literatura’ se aviene perfectamente con el carácter de la orden.

El padre Huerga, dominico también, no es así, porque, como dice, las humanidades en su más amplio sentido han sido para él básicas: ha leído de todo, de todas las literaturas, de todos los géneros y de todos los tiempos (no exageramos), incluso a los contemporáneos, que ya se permitía frecuentar con quince años. Por eso lo remacha con entera lucidez desde la cumbre de los 75 años, cuando se realiza la entrevista que comento y se expresa con entera libertad, claridad y franqueza.

La vocación se debió, pues, antes que nada a las circunstancias y, en especial, a su madre, como así constata y resalta en esta otra respuesta: «Por lo que respecta al origen de mi vocación, todo se lo debo a mi madre. En broma digo que la vocación la tuvo mi madre, que todavía vive con 97 años, aquí en Madrid. Estas cosas son como de familia... Al tener un tío, un hermano de mi mamá, que era sacerdote dominico, me mandaron allí para que también fuera sacerdote...». En efecto, así fue. Pero él estaba comprometido ya desde antes con otro tipo de humanidades. Y eso es lo que ha hecho desde siempre: dedicarse con la mayor fruición y profundidad que ser puedan al cultivo más absoluto de las humanidades en su sentido más amplio, a la investigación que su lucidez mental le permitía; si no se entiende la calidad de sus aportaciones en este campo, no entenderíamos una obra como la que ahora comentamos, de absoluta libertad de juicio, comprometida sólo con la verdad, como todo buen humanista tiene a gala.

La década de los cuarenta le lleva a completar su formación con la indeleble impronta salmantina: cuando tiene 24 años, en 1947, llega a Salamanca para acabar los estudios de teología y muy pronto, en 1948, es ordenado sacerdote. Al año siguiente obtiene el grado de lector y concluye, en definitiva, su etapa de formación teológica. De la etapa salmantina tiene recuerdos de todas clases, mas los que predominan son los buenos.

Allí entró en contacto con la flor y nata de la investigación teológica de entonces, que representaba el padre Manuel Cuervo y, sobre todo, el famoso escritor y exegeta, tratadista sin par, el dominico P. Colunga, que será el que culmine, por lo que a la teología se refiere, su auténtica formación. Teruelo lo dice así: «De Salamanca guardo recuerdos buenos y malos. Pero bajo el aspecto científico tengo buenos recuerdos. Tuve algunos profesores de los que conservo muy buena memoria, como Manuel Cuervo, que fue un gran profesor de Teología dogmática. Cuervo era muy desordenado en clase; Colunga, en cambio, era sumamente desordenado, pero sabio y tenía un gran sentido bíblico... Dominaba la *Biblia*. Su exégesis era científica y moderna. Todavía recuerdo sus clases sobre el *Génesis*. El *Génesis* era su tema preferido». En efecto, se trata nada menos que del famoso Colunga, teólogo de renombre internacional, uno de los pioneros en la exégesis bíblica moderna en España, el conocido autor de la traducción de la *Biblia*, junto con don Emilio Nácar, de la que será renombrada edición Nácar-Colunga, de todos manejada, que entraba entonces en dura pugna y competencia con la de Bóver-Cantera, aunque evidentemente de aquella competencia salió favorecida la de Colunga, cuya vida no fue precisamente fácil, pues escribió, como es conocido, un libro sobre el *Génesis* que no le dejaron publicar. Le quitaron además su cátedra salmantina, tachándolo de ‘modernista’ por seguir las teorías de Marie-Joseph Lagrange. Éste era un gran estudioso de la *Biblia*, que fundó la escuela bíblica de Jerusalén, de la que fue primer director, y creó la *Revista bíblica* en 1892; hombre de profundos conocimientos, de gran capacidad investigadora, muchas de cuyas obras, aparecidas en el siglo XIX, son aún de obligada consulta para los exegetas y estudiosos bíblicos. Pues bien, éste fue verdadero formador de Huerga en la distancia.

Recuerda varias anécdotas de su etapa salmantina, como cuando llegó el P. Jacques-Marie Voste, que era el secretario de la Pontificia Comisión Bíblica, el cual impartió una conferencia sobre los géneros literarios de los primeros capítulos del *Génesis*, motivando un gran revuelo. Colunga hizo un comentario sobre la marcha del que dice nuestro autor: «A mano escribió unos quince o veinte folios y me los dio a mí para que se los pasase a máquina, para publicarlos en *Ciencia tomista*». Efectivamente, dicho trabajo apareció bajo el título de «Un documento importante de la comisión bíblica», en *Ciencia Tomista*¹⁰, mostrando las deferencias de Colunga con él siendo ya un personaje oficialmente denostado, cuando no vilipendiado.

¹⁰ 75 (1948), pp. 100-126

De sus recuerdos salmantinos de esta etapa destaca también el del profesor Santiago Ramírez, director que era de la Facultad de Teología, al que califica como ‘un pozo de ciencia’. En efecto, Ramírez, nacido en Samiano (Burgos) en 1891, fue profesor en Roma, Salamanca y en la Universidad del Estado de Friburgo, en Suiza, miembro de la comisión teológica preparatoria del concilio Vaticano II y perito del mismo. Murió en 1967. Su espléndida obra filosófica y teológica adquiere dimensiones universales sobre temas como la felicidad del hombre, la esperanza cristiana o el derecho político. Pues bien, éste fue otro de sus maestros, un auténtico sabio, como decimos. «Pero –dice– no transmitía. Venía de Friburgo (Suiza) e impartía su clase en latín. Empezaba la clase y... tomábamos apuntes como podíamos, porque no paraba. Era como una ametralladora». Cuenta anécdotas acerca de sus comentarios sobre la esencia de la caridad en San Agustín y sobre cómo era capaz de estarse dos horas dilucidando el sentido del término, *cáritas*, en todas las obras agustinianas. También recuerda al padre Menéndez Reigada, hermano que fue del obispo de Córdoba, que escribió un libro sobre la perfección cristiana titulado *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, (Madrid, 1948).

Otro de sus formadores de aquella etapa fue el padre Venancio Carro, también importante teólogo, fundador de la Biblioteca de Teólogos Españoles, de fecundos resultados editoriales, miembro de varias academias españolas y extranjeras, que representó en diversas ocasiones oficialmente a España en misiones científicas relacionadas con múltiples aspectos de la vida. Murió en Madrid, en diciembre de 1972. De este padre Venancio Carro sabemos que lo formó en Historia de la Teología, constituyendo con los dos anteriores un recio trípode de personalidades que instruyen a Teruelo en Salamanca.

Dominaban, como era lógico entonces, los estudios sobre Santo Tomás, como solía ser frecuente en los dominicos según avanzaban los grados, es decir, la Filosofía y la Teología. Por lo que respecta a la ciencia tomista siguen en el fondo la *Summa theologiae* del santo como texto fundamental, pese a que tantas propuestas habían cambiado ya. Así se expresa: «Una vez comenté en clase que yo me había pasado la vida estudiando dos cosas. Lo dije con ironía, pero algunos estudiantes ni se enteraron. Las dos cosas eran: latín y la *Summa* de Santo Tomás. Algunos lo tomaron al pie de la letra y yo lo decía con ironía. Voy a hablar de la *Summa* empezando por el latín». Y, en efecto, a partir de aquí la entrevista gira en torno a lo que ha supuesto el latín en la formación de los eclesiástico y, en general, de los estudiosos de humanidades y lo que ha supuesto la *Summa* de Santo Tomás en la formación de los teólogos. La impresión

del padre Huerga a la altura de año 2000 es francamente negativa respecto a la práctica desaparición de uno y otra en la formación de todos. Le invade una tristeza y melancolía que no puede evitar y que aflora en el texto de manera absolutamente nítida: «Hemos perdido –dice– el sentido del latín, como idioma de la Iglesia y como lengua de la Teología. Y al perder el latín hemos perdido el gusto por el latín de Santo Tomás, de tal manera que ahora la Editorial Católica, en su colección BAC, ha publicado la *Suma* sin el texto latino, y eso es un desastre. Yo conservaba la antigua edición bilingüe de la BAC y la he tirado. Ahora tengo la *Summa* sólo en latín»; es decir, que en una especie de venganza, el que puede leerla en latín prescinde de la versión castellana, porque considera que la auténtica, la que encierra todos sus sentidos, todas sus variantes y virtualidades, a veces insondables, es la latina. E insiste: «Hemos perdido el gusto por el latín. Es un contrasentido, porque, si se lee el decreto *Optatam totius* del Concilio Vaticano II, allí se insiste en que se conozcan los idiomas básicos de las humanidades, el latín y el griego. Entre nosotros, los dominicos, para acceder al profesorado había que dominar las lenguas clásicas y naturalmente la *Summa*. Ahora ya no seguimos la *Summa*», dice con irreprimible melancolía y, además, lo documenta con su propia experiencia personal.

Durante sus larguísimos años de estancia en Roma, donde ha tenido ocasión de ver desaparecer el latín y de ver disminuir la calidad de las aproximaciones teológicas, ha reafirmado sus posiciones. Él mismo comenzó impartiendo sus clases en latín, hablándolo y escribiéndolo con soltura, haciendo informes periciales en la misma lengua sobre asuntos de teología. El padre Huerga ha vivido nada menos que cincuenta años en Roma, ocupando diversos cargos, casi todos como profesor y estudioso. Él lo expresa con palabras insustituibles: «He residido unos cincuenta años en Roma; de ellos, unos veinte impartiendo lecciones en latín. Cuando yo empecé a dar clase en Roma, tenía cierta fama de que hablaba muy bien latín, escribía en latín los artículos para la revista *Angelicum*. Si hacía algún informe para la Congregación del Santo Oficio o para la Congregación de los Santos, lo hacía siempre en latín. Ahora las clases de la Pontificia Universidad de Santo Tomás se dan en italiano, y como los americanos no saben italiano ni saben latín, pues han puesto otra sección en inglés». Y esto lo dice con auténtico pesimismo y tristeza. Ha cambiado curiosamente el latín para el inglés para penetrar en los secretos de las teología tomista y esto –insiste– no puede ser más negativo.

El padre Huerga, que es un pozo de ciencia a todos los niveles, se siente sin embargo profundamente tomista. Incluso llegó a escribir un

libro titulado *Santo Tomás, teólogo de la vida cristiana*¹¹: «En un librito que publiqué sobre Santo Tomás de Aquino he dado mi opinión sobre el tema del tomismo y la teología. Permíteme –dice al entrevistador– que te lea este párrafo: ‘las grandes crisis eclesiales, si son crisis de retroceso o de confusión en la doctrina o en la vida cristiana, coinciden con una merma del prestigio de la teología tomista; en cambio, si son crisis de crecimiento, suelen entrañar un retorno a las ideas fuerza del sistema de Santo Tomás de Aquino, doctor común de la Iglesia». En efecto, éste es su auténtico pensamiento: Santo Tomás es el doctor común de toda la Iglesia Católica de todos los tiempos; ni ha habido ni habrá otro. E insiste: «El Doctor común, el Doctor santo, como lo llamaba el cardenal Cisneros en las Constituciones de la Universidad de Alcalá, que nació a principios del siglo XVI bajo el signo del florecer del saber teológico y que, como dijo patéticamente su historiador, murió con la *Summa* en los brazos, es el teólogo por antonomasia de todos los tiempos».

El padre Huerga Teruelo se expande luego en múltiples alabanzas a la teología tomista, como manual de teología y para siempre, desde cuyos supuestos todo teólogo debe trabajar, porque son las armas del oficio. «Las armas –añade– son los lugares teológicos y Santo Tomás hace una doble distinción que para mí, dada mi profesión, ha sido fundamental. Hay una *teología-ciencia*, que sigue unas normas, unas reglas..., el concepto aristotélico de ciencia de conocimiento: *cognitio rerum per causas*; y otra, que Santo Tomás vive y a la que alude también en esa primera cuestión, que es la *teología-vivencia*. Vivir los misterios de la fe, practicarlos a la luz no del puro saber científico, sino a través de los misterios de la fe. El maestro de esta *teología-vivencia* es el Espíritu Santo. Es hacer la *teología-vida*, no la *teología-ciencia*». Se extiende luego sobre varias consideraciones, siempre con esta idea fuerza de la teología como vida, insistiendo en que la *teología-ciencia* tiene sus reglas, que los grandes teólogos, como Melchor Cano, el maestro de la escuela salmantina, estudiaron ya y asimilaron desde 1524 en la gran ciudad universitaria.

Pero esa *teología-ciencia* tiene ya poco que decir al hombre del siglo XXI. Se refiere a este propósito al autor cuya obra estaba editando y que acaba de culminar con la publicación de las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada (1504-1588), el famoso dominico español, uno de los mejores discípulos de San Juan de Ávila, valioso y más que prestigioso predicador, escritor de primera fila en la literatura española, autor como es sabido de dos obras capitales, *Tratado de la oración y meditación* y *Guía*

¹¹ Publicado por la FUE en Madrid, 1974.

de pecadores. Pues bien, el padre Huerga relaciona sus trabajos de entonces con el mismo espíritu tomista de siempre al decir: «Una cosa que yo he notado muy fuerte en Fray Luis de Granada, ahora que preparo la edición de sus obras, es que no deja de la mano a los santos padres, como científicos, sabios, porque fueron sabios que estuvieron muy próximos a las fuentes de la revelación, muy próximos a la era apostólica, y que argumentaban y que exponían el dogma católico con claridad y profundidad, como San Agustín, por ejemplo, en su tratado sobre la Santísima Trinidad». Y pregunta: «¿Quién ha expuesto mejor que San Agustín el misterio de la Santísima Trinidad, el misterio de los misterios? Probablemente sólo Santo Tomás, pero Aquino va por el cauce que le señala San Agustín; obviamente, lo resuelve mejor, pero está constantemente apegado a él. Fray Luis de Granada manejaba a los Santos Padres, no solamente los latinos, sino también los griegos. Hay que ver, por ejemplo, cómo se inspira en San Gregorio Nacianceno, en San Basilio, en San Juan Crisóstomo, y en los padres latinos: San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio Magno y también en santos de miel como San Bernardo». Tiene, como vemos, más que alabanzas para Fray Luis de Granada, que en ese momento constituía la base de su trabajo. Reconoce que el sistema que estudió en Salamanca a finales de los cuarenta estaba ya un poco anquilosado, «a lo cual habría que añadir otro defecto que tuvo la escuela de Salamanca, muy ceñida al método científico, o científicista de la teología: que no dio alas, que no dio demasiada fuerza a la palabra de Dios, a la *Biblia*, al biblismo».

A partir de aquí el entrevistador busca sus opiniones sobre las que entonces eran las grandes figuras de la nueva teología y se detiene en E. Gilson y J. Maritain. En efecto, se trataba de dos figuras de primer nivel. El primero (1884-1978) fue catedrático de Historia de la Filosofía Medieval en la Universidad de Estrasburgo y luego en la Sorbona. Fundó el Instituto de Estudios Medievales de Toronto. Fue miembro de la Academia Francesa, etc., etc., además de destacado medievalista y fundador de series de estudios y de revistas de primer nivel. De J. Maritain (1882-1972) poco se puede añadir, pues se trata de un autor de fama mundial, discípulo de Bergson. Adicto durante algún tiempo al socialismo revolucionario, se convirtió luego al catolicismo por influencia de León Bloy. Fue un destacado cultivador de la filosofía tomista, enseñó en el Instituto Católico de París, en el de Estudios Medievales de Toronto y en la Universidad de Columbia. Importa siempre destacar la gran influencia que ejerció en la constitución de los partidos de inspiración cristiana, especialmente en Sudamérica. Estos dos pilares de la ciencia teológica del siglo XX son base en la formación y en el sentido de la vida del padre Huerga. Habla de las

etapas de la escolástica de todos los tiempos, para concluir que, con la aportación de ambos maestros, se delimitó la primera escolástica, la que llega hasta 1160. La segunda es la de Tomás de Vío, cardenal Cayetano, o la de Francisco de Vitoria, la que llega hasta el final del Renacimiento, con amplia participación de los españoles, que llevaron la voz cantante tanto en el concilio de Trento como en América. La tercera etapa de la escolástica es la que inaugura el famoso cardenal Tomás Boxadors, que impulsó un notable movimiento de renovación purista, que tuvo en España una figura de primero nivel en Zeferino González, a quien el papa León XIII creó cardenal. Este Zeferino González fue autor de unos *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*. Fue un gran teólogo, ya del siglo XIX, salido de Filipinas ya que, tras las sucesivas desamortización y exclaustaciones del XIX, en España no había grandes escuelas teológicas, pero quedaba abierta la Universidad de Santo Tomás en Manila, en Filipinas.

De allí surgieron los renovadores de esta tercera escolástica. Habla de dos grandes personajes españoles de esta etapa: el leonés Juan González Arinterro y el navarro Francisco Marín Sola. A ellos guardaba todo el amor y la devoción que ser puedan. No eran excluyentes, porque los dos teólogos aportaban sendas visiones, científica y vivencial respectivamente, de la teología tomista.

De los últimos tiempos, los que supusieron más en su formación fueron sin duda los citados Gilson y Maritain, que «fueron –dice– los dos grandes conductores de la restauración tomista en Francia». A ambos los conoció. «Conoció a Gilson precisamente cuando estudiaba en Salamanca. Él pasó por Salamanca no sé con qué motivo. El padre Ramírez, que era director de la Facultad de Teología de San Esteban, lo invitó a darnos una conferencia. Nos dio una preciosa conferencia en la biblioteca de San Esteban, sobre Santo Tomás. Gilson fue un gran animador, un gran admirador, junto con Maritain, de Aquino. Su libro *El tomismo*, que ha tenido innumerables ediciones y traducciones, es un manual magnífico». Se refiere, obviamente, al titulado *El tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, traducción española por EUNSA, Pamplona, 1978. Respecto a Maritain acaso lo valora algo menos, pero también lo considera no sólo un relevante profesor sino el creador de una forma distinta de conocer y de penetrar en la filosofía dominicana de todos los tiempos. «Conoció a Maritain –dice– cuando yo estaba de joven profesor en Roma. Él era embajador de Francia ante la Santa Sede y con frecuencia iba a comer al Angélico. Era muy amigo del padre Garrigou-Lagrange y se trataban mucho. Maritain era más brillante. Me encanta el librito de Maritain sobre Santo Tomás». Se refiere, obviamente, a *Ensayos sobre el tomismo*, Morata, Madrid, 1962.

La formación del padre Huerga tiene esta base salmantina, que es evidente en su persona y hasta inevitable y que halla una compleción absoluta y diferente durante su estancia en Roma ya que, como tantos grandes pensadores de la Iglesia y como tantos grandes estudiosos, ven en la Ciudad Eterna motivo no sólo para cambiar de aires sino para penetrar de una manera distinta en el estudio religioso, en la formación humana y hasta en el destino de la vida más personal. Así pues, en 1950, ya conocedor profundo de la teología salmantina, llega a Roma para estudiar historia, los archivos, la diplomática y la paleografía, para encontrar ese nuevo camino que tantos religiosos intentan. «Efectivamente –dice– allí hice mi tesis sobre la evolución de la doctrina espiritual de Fray Luis de Granada y también los estudios de archivística y de paleografía durante dos años en el Vaticano. En Roma tuve como profesores a los futuros cardenales Philipe y Ciapi, a Garrigou-Lagrange y a Francisco Pérez Muñiz.» Ninguno era una gran personalidad en lo literario, en las humanidades, que era lo que a él interesaba entonces, si exceptuamos a Garrigou-Lagrange. Del conjunto de sus profesores romanos no tiene precisamente una buena opinión: «Eran poco humanistas –dice–. Eso lo he notado desde el principio. Melchor Cano, por ejemplo, era un gran humanista. Mis profesores –se refiere a los romanos– en cambio tenían poca familiaridad con la literatura y con la Sagrada Escritura. Creo que hay que rejuvenecer la teología a partir de la Sagrada Escritura y de la antropología. Hay que proyectar la Teología fundamentalmente a la Cristología. Y la Cristología es una antropología *sui generis*.» Así lo dice, con esa claridad que sólo las grandes mentes llegan a intuir y a expresar, porque los asuntos más intrincados suelen ser los más fáciles de explicar, siempre que sea una persona con claridad mental suficiente la que lo haga. Y éste es el caso del padre Huerga, que vio con absoluta nitidez en su etapa de Roma, cómo era preciso realizar otras funciones, aunque fuese dedicando todo el tiempo a una investigación que poco tenía que ver con lo teológico estricto. Como otras grandes mentes de religiosos (pienso en Miguel Avilés Fernández) intuyó que en Roma (las cuna del catolicismo) había que transitar por otros lugares que no fueran la estricta religión. Y así lo hizo el padre Huerga. La compleción de sus múltiples saberes aplicables a la investigación (diplomática, archivística, paleografía, historia y hasta retórica) los halló en Roma.

De esos otros personajes, que en cierto modo supusieron su punto de referencia en la etapa romana, se refiere a Gardeil, Saulchoir y alguno más; pero del que probablemente habla con más cariño, con el que se siente más identificado tal vez sea Yves-Marie Congar (1904-1995),

también dominico, teólogo de la vida de la Iglesia, cuya impronta en el concilio Vaticano II fue decisiva. De él afirma: «A Congar lo he conocido más. Con Congar he vivido la primera etapa del Concilio. Estábamos codo con codo en el refectorio. Teníamos los puestos en el coro y en el refectorio según la antigüedad de graduación del magisterio. A él le hicieron maestro en teología después que a mí, aunque era mucho mayor que yo. Había dos sistemas de hacer maestros de teología. Uno por examen y otro ‘honoris causa’. Yo hice el examen al grado de magisterio, un examen tremendo de cuatro horas, frente a cinco examinadores que bombardeaban. Vino el maestro general de la Orden y también me preguntó».

A éste, pues, lo trató con mayor intimidad y lo considera como uno de los referentes de toda la Iglesia del siglo XX, con el que coincide en un aspecto fundamental: el preocuparse por el apostolado, por una teología para todos. En eso estaba de acuerdo absolutamente con el padre Congar, autor de un libro, *Jalones para una teología del laicado*, aparecido en 1956, que es en su opinión el auténtico modelo de la nueva teología.

En su etapa romana Huerga tiene ocasión para penetrar en un personaje entonces tan famoso como Teilhard de Chardin, respecto al cual se extiende en consideraciones muy profundas. Destaca un aspecto que nos ha llamado mucho la atención. Como es de sobra conocido, Teilhard de Chardin (1881-1955) fue un famoso teólogo y paleontólogo jesuita, hombre de letras también, que desde 1923 se dedicó a unas excavaciones decisivas en China, que culminaron con el descubrimiento del famoso ‘hombre de Pekín’, un fósil humano del paleolítico, a partir del cual intentó aunar sus hipótesis paleontológicas en una síntesis teológica. Su obra más reveladora –y que provocó la mayor de las perplejidades– fue *El fenómeno humano*. Pues bien, pese a su fama y aceptación en aquellos momentos, incluso por eclesiásticos romanos de primer nivel, Huerga nunca lo aceptó: «Nunca he entendido –dice– la teología de Teilhard de Chardin. Hablar de la espiritualidad de la materia es una contradicción *in terminis*. Si es materia, no es espíritu, y si es espíritu, no es materia. La materia es criatura de Dios, es creación. También el cuerpo del hombre es creación. Pero no tiene sentido hablar de espiritualidad del cuerpo humano. Sí lo tiene hablar de espiritualidad del hombre. Gilson escribió críticamente contra Teilhard de Chardin, diciendo que quería hacer un nuevo cristianismo. Chardin era un romántico, un poeta.... El director de la Academia Francesa de Ciencias Naturales dijo una cosa buena a propósito de Teilhard: nosotros seguimos a Teilhard en el campo de las ciencias naturales, hasta donde llega la ciencia humana, pero de ahí para adelante no. Desde el punto de vista de la paleontología, en el campo de las inves-

tigaciones que haya realizado en ese terreno, estamos de acuerdo; pero más allá no». En efecto, de este modo tan claro lo trata. Afirma que la evolución es un misterio ante el que la Iglesia no se ha replegado, sino que ha tratado de salvar el dogma, aunque en los últimos tiempos acepte respecto al *Génesis* la cuestión de los géneros literarios, defendiendo, no obstante, la espiritualidad del hombre, «porque si el alma fuese fruto de la evolución de la materia, como algunos afirmaban entonces y el hombre viniese sin más de la materia, ya me dirá usted».

Comenta luego el dominico algunos aspectos de otras grandes personalidades que conoció en su etapa de Roma. Por ejemplo, la gran figura de Garrigou-Lagrange, que fue precisamente quien dirigió su tesis doctoral y con el que trabajó como asistente desde 1951. Este trato con Garrigou en la etapa romana lo marcó para siempre, porque le hizo ver que había otros modos de enfrentarse con la realidad, por muy teológica o filosófica que se entendiera. De la personalidad de éste habla siempre en términos positivos, por su estrecha relación, ya que fue su mentor nada menos, al tiempo que director de tesis, con el que tuvo que trabajar durante años. A él se refiere en términos respetuosos como uno de los hombres que mejor supo evolucionar con el curso de los tiempos. «Fue un hombre que evolucionó como todo el mundo sabe. Él era estudiante de medicina, después se hizo dominico, se formó en Le Saulchoir, bajo la guía del maestro Gardeil. Lo enviaron joven a enseñar filosofía en Roma; y después enseñó apologética. Entonces se seguía el sistema de que los profesores jóvenes empezaran por la base... Ahora empiezan enseñando *De Trinitate*. Él empezó por enseñar filosofía, textos, ética, y después pasó a la apologética. Escribió su libro *De Revelatione* y terminó siendo profesor de Teología. Él admiraba, aunque era francés, a los teólogos españoles. Para él los grandes teólogos habían sido los ‘salmantinos’, los carmelitas de Salamanca desde principios del siglo XVII, el dominico Juan de Santo Tomás, contemporáneo de ellos, etc. Los textos que utilizaba están altamente inspirados en los salmanticenses». Nos relata la historia de otros maestros y compañeros: el padre Arinterro, que explicaba una eclesiología totalmente revolucionaria, apartándose en cierto modo de Santo Tomás.

«Arinterro –dice– fue más bien por la línea científica, que es lo que él había estudiado y tuvo la gran intuición, al fin y al cabo de cuño más vitalista, de concebir la Iglesia como un organismo». «La Iglesia –añade– no es sólo una estructura jurídica. Es, sobre todo, un organismo vivo. A partir de esta intuición comenzó a desarrollar su síntesis eclesiológica». Arinterro fue autor de un libro (*La Evolución Mística*) del que se dijeron muchas cosas, incluso se presentó al papa Pío X, avalado por la pala-

bra de importantes teólogos, pero en aquel tiempo el término ‘evolución’ sonó a demonios, por lo que incluso trataron de condenarlo acusándolo de evolucionista. Dice el padre Huerga que el único que captó bien el pensamiento de Arinterro fue el español Marín Sola, evidentemente enriqueciéndolo y abundándolo, con más conocimiento teológico, introduciendo el término evolución en un contexto afectivo, que nada tiene que ver con el mismo darwinismo.

Otro de los aspectos más destacados en la personalidad del padre Huerga y que conformó su pensamiento fue el magisterio que recibió de Karol Wojtyła, el futuro papa Juan Pablo II, así como el del padre Garrigou, respecto al cual incluso concibió un proyecto de publicar en Roma una colección con sus libros espirituales, que iba a constar de ocho o diez tomos en italiano. Pero no cuajó por falta de medios económicos. Pensaba empezar el proyecto publicando *Perfección y contemplación según Santo Tomás y San Juan de la Cruz*, que es un libro de los años veinte del pasado siglo, conjunto de artículos que, en su opinión, constituye un texto magnífico. El caso fue que Huerga se desanimó y no concluyó el proyecto. Él lo consideró siempre un verdadero fracaso personal y le quedó el irrepresible deseo de publicarlos en alguna otra ocasión. Respecto al padre Garrigou no tiene más que palabras de admiración para aquellas clases, auténticas conferencias espirituales, llenas de jugo y de doctrina. Recuerda que cuando ya estaba ‘muy cascado’ «yo le hice los exámenes y se los corregí. Les puse las notas y se las entregué. Me preguntó: ¿ha sido usted más misericordioso que justo o más justo que misericordioso? Le dije: ‘yo creo que he sido más misericordioso que justo’. Entonces me contestó: ‘llévelas a la secretaria’. Era realmente un hombre bueno». Esta es la visión que nos ofrece de aquél, que se retiró pasados los ochenta años.

Respecto a Karol Wojtyła cuenta algo fundamental de su primera etapa romana, cuando le dirigió la tesis doctoral el mismo padre Garrigou. Posteriormente, cuando fue nombrado Papa en octubre de 1978, Álvaro Huerga ya residía en Puerto Rico. A este respecto cuenta una anécdota sobre la rapidez con que hubo de regresar de Puerto Rico para traducir la tesis doctoral, la del papa, que ahora experimentaba una inusitada demanda. «Yo no coincidí –dice– con Karol Wojtyła en Roma. Él estudió antes que yo. Llegó a Roma en 1946, nada más ordenarse sacerdote, después de acabada la guerra. En dos años hizo la licenciatura y el doctorado, lo que supone un trabajo que hoy pocos hacen. Cuando lo eligieron papa, en octubre de 1978, yo estaba en Puerto Rico. Me escribieron diciendo que volviese pronto, porque había que traducir la tesis del papa. Fui y la traduje del latín, y para el mes de marzo del año siguiente ya es-

taba publicada. La editaba la BAC y llevaba una introducción». Se trataba, obviamente, del libro *La fe según san Juan de la Cruz*¹²

De esta tesis dice que fue un trabajo bien hecho, un análisis un poco de tipo fenomenológico, no de tipo tomista, siguiendo a Husserl y las corrientes en Alemania, siguiendo también otras corrientes en las que él se había formado en Polonia. Cuando ya Karol Wojtyła había concluido su estudio según su leal saber y entender, el padre Garrigou no la dio por terminada: «No, caro mío –le dijo–, tienes que añadir un capítulo concordando el pensamiento de San Juan de la Cruz con el de Santo Tomás. Él ya estaba cansado –se refiere a Wojtyła– y aquello era mucho trabajo, pero lo añadió. Al publicarlo posteriormente, en 1979, edité ese capítulo como apéndice, como anexo, tratando de no desarmar la tesis, tal como había sido concebida originalmente»; es decir, el padre Huerga interviene directamente, incluso disponiendo a su antojo los contenidos de la tesis de Juan Pablo II y además realiza una traducción bastante libre, de acuerdo con su peculiar pensamiento; hasta ahí llega la importancia del padre Huerga, porque dicha traducción no solamente fue aceptada por el Papa, sino que es la que se maneja todavía como soporte del verdadero pensamiento de Juan Pablo II. Álvaro Huerga lo dice de forma muy clara: «Traduje la tesis de manera no siempre literal, sino más bien dinámica; pero eso asustó algo en la Librería Editrice Vaticana, que tenía los derechos. Por otro lado, cuando el Papa hace una traducción de un texto de San Juan de la Cruz en latín, yo no lo traduzco del latín, lo cojo del original, etc. Al final todo se arregló». Huerga interviene de manera directa en la disposición de los contenidos de la tesis de Karol Wojtyła e incluso se permite opinar sobre lo que estaba bien o estaba mal en dicha tesis, ponderando el esfuerzo realizado por el entonces joven Wojtyła para concluir el trabajo. «El Papa tuvo la buena estrella –dice– en acoger como guía de su pensamiento teológico a Santo Tomás y a San Juan de la Cruz; a un teólogo científico, como es Santo Tomás, y a un teólogo místico y poético como es San Juan de la Cruz. Al traducir la tesis yo noté que en la última parte ya estaba cansado. Hacer una tesis de doctorado en menos de un año supone un esfuerzo descomunal, eso hay que tenerlo en cuenta. Ahora les das cinco años y no terminan. Yo habré dirigido varios centenares de tesis, pues creo que tengo otras tantas que no están acabadas y no las acabarán nunca». En efecto, eso suele suceder y todos tenemos sobrada experiencia de ello.

¹² Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1979.

Pero como todo tiene un final, se impone la vuelta a España del padre Huerga. De esta forma se inicia lo que llamaríamos 'la etapa granadina', de la cual personalmente no teníamos la menor idea. Él mismo nos confirmó hace poco tiempo que residió en el colegio mayor de Santa Cruz la Real entre 1953 y 1960, siete años inmerso en una sociedad tan diferente como era aquella granadina de los años cincuenta. Esta etapa nos interesa particularmente. De ella cuenta Álvaro Huerga «Cuando yo llegué allí tenía veintitantos años, estaba recién doctorado y me nombraron Regente de estudios. Para mí aquello fue muy bueno, porque llegué siendo un profesor sin experiencia, tenía más inquietud que experiencia, con una formación relativamente buena. Tenía un buen recurso que era el idioma, el latín. El latín lo dominaba bastante bien y me ayudó mucho en mis clases. Fueron unos años –comenta– muy ricos en experiencia pastoral y en experiencia intelectual, en los que me dediqué, en cuanto pude, a escribir. Colaboraba mucho en las revistas y estaba presente en las polémicas sobre la espiritualidad seglar. En Granada me preocupé mucho del apostolado y de la teología y de la espiritualidad de los seglares y me enzarcé en una disputa 'escolástica'. Al comenta el curioso signo de aquella sorprendente polémica, dice: «Comenzó porque Lily Álvarez, la que había sido gran tenista, destacada en Wimbledon en los años veinte, había publicado un libro que se titulaba *En tierra extraña*.¹³ Yo le hice una crítica un poco feroz, en una revista que entonces empezamos a publicar, que era *Teología espiritual*. Así se inició aquella polémica, que concluyó con la intervención de teólogos como Sauras o el P. Monsegú.

En Granada colabora, pues, en esta revista *Teología espiritual*, fundada por el padre Marcelino Llamera, que también intervino en aquella polémica con Lily Álvarez, que levantó todo un rosario de suspicacias, pues el tema de la espiritualidad seglar nunca dejó de ser polémico y mucho más en aquellos años de relativo oscurantismo en una sociedad como la granadina. Concluyó con la intervención de varios sacerdotes y tuvo como consecuencia un libro del propio Álvaro Huerga, titulado *La espiritualidad seglar*, aparecido en Barcelona en 1964. También recuerda durante aquellos años granadinos su colaboración con Pedro Sainz Rodríguez, el famoso político y escritor español, que llegó a ser ministro de Educación Nacional y reconocido especialista en mística española, que dirigió la Fundación Universitaria Española de Madrid. También trabajó Huerga en la organización del famoso Congreso Eucarístico de Granada del año 1957, la comisión de estudio y luego publicando un tomo de

¹³ En efecto, así fue, publicado por la editorial Taurus, Madrid, 1956.

ensayos. Con aquel motivo contó con la colaboración de los mejores profesores de la época, como Manuel Cuervo, que impartió una excelente conferencia sobre la Eucaristía y las nuevas teorías de la física y el no menos conocido padre Llamera.

De su estancia en Granada tiene recuerdos siempre positivos. Refiere, asimismo, que estando allí participó en la vida social y cultural de la ciudad, sobre todo en los medios de comunicación. «Me dediqué mucho al periodismo. He colaborado en los dos periódicos que había en Granada, el *Ideal* y *Patria*. Y luego, el señor arzobispo, don Rafael García y García de Castro, me nombró director o delegado diocesano de radio y televisión. En el despliegue de ese encargo me dediqué al cine, a la radio y a la televisión, que estaba aún en mantillas dentro de la Iglesia. Fui el primer delegado diocesano de cine, radio y televisión y tengo muchas anécdotas de esa época. Recuerdo que hicimos el reportaje o revista al príncipe, hoy Rey de España, cuando fue a Granada». En efecto, asegura y todavía recuerda, ya al final de la primera década del siglo XXI, aquellos momentos como de auténtica felicidad. Hace unos días nos lo comentaba, añadiendo sabrosas anécdotas de su estancia granadina, sobre todo del carácter de los granadinos, capaces de quedarse con un libro prestado y fingir ignorancia durante el resto de su vida. En la entrevista con Federico M. Requena lo expresa con claridad: «Los años de Granada fueron para mí sumamente ricos. También me dediqué mucho a la predicación. Tenía mi mundo de apostolado en el Sacromonte, con los gitanos. Me traían todos los problemas, desde el punto de vista humano. Dejé todo aquello cuando marché otra vez a Roma».

En efecto, así fue. En la vida de Huerga ha habido tres etapas, a nuestro juicio netamente diferenciadas. La más larga y fructífera para su formación es la etapa romana; la más humana y más profunda para su concepción espiritual e incluso para los necesarios contactos editoriales en España es la etapa granadina, momento de fructífero apostolado también. La de mayor repercusión para sus personales inquietudes sociales es la etapa de Puerto Rico, que aún continúa cuando el padre Huerga tiene ya 86 años de edad. De las múltiples iniciativas editoriales en las que se ha visto inmerso durante toda su vida hay que señalar que tienen origen sin duda en estos finales de los años cincuenta en que residió en Granada. Es entonces cuando empieza a colaborar con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, formando parte de los tribunales de exámenes y en el proyecto del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Incluso habría que remontarse a la etapa salmantina, cuando ya comenzaba a asistir a las Semanas Españolas de Teología. También a las que él mis-

mo organizaba, siendo Joaquín Blázquez, entonces director del Instituto Francisco Suárez del Consejo, quien lo introdujo en aquella red y en un gran proyecto que no terminó de fructificar entonces.

Se trataba de hacer una gran historia del pensamiento teológico español. En su conjunto el proyecto lo dirigía el doctor Horacio Santiago Otero, pero muerto en 1997, aquel proyecto no llegó a fructificar. No obstante, lo que sí llegó a plasmarse fue una *Historia de la espiritualidad*, dirigida por dos personalidades de la talla de Baldomero Jiménez Duque y Luis Sala Balust. En este ambicioso proyecto Huerga intervino con un trabajo sobre la vida cristiana en los siglos XV y XVI, largo estudio de unas 200 páginas, que vio la luz en esa *Historia de la espiritualidad*, publicada por Juan Flors editor, Barcelona, 1969. Su opinión sobre dicha obra a la altura del año 2000 es la siguiente: «Yo creo que como historia de la espiritualidad actualmente es la mejor que hay. La lástima es que no se ha vuelto a imprimir. Está agotadísima. Son cuatro tomos magníficos y agotadísimos y muy rica. La que empezaron los franceses no la llevaron a la conclusión, y la de Pourrat no hay manera de encontrarla. Estoy contento de haber colaborado en esta obra».

De Sáinz Rodríguez, el gran estudioso de la mística, hay un dato que desconocíamos y que tiene cierta importancia. Se trata de la relación de amistad íntima que mantuvo con él, que en cierto modo dulcifica algunos resabios críticos, acercando al padre Huerga a una espiritualidad más humana, más próxima a la mística, tal como le transmite Sáinz Rodríguez, que en algo influye sobre sus propios afanes investigadores. De él dice lo siguiente: «Fue un gran amigo mío, comíamos a menudo juntos, me prestaba todos sus libros, tenía una riquísima biblioteca... Había una gran confianza entre nosotros. Cuando él se puso al frente de la Fundación Universitaria Española quería que yo me trasladase a Madrid para dirigir el tema de las publicaciones. No quise venir de Roma y me alegro de no haber venido, porque me habría convertido en un funcionario y no habría podido investigar». Probablemente tenga razón, pero si hubiera estado en España el padre Huerga, tal vez su investigación en otros campos, no estrictamente los teológicos, hubiera alcanzado mayores logros.

Respecto a Sáinz Rodríguez añade: «Hablaba siempre de su *antología*, de la antología de la literatura mística, que fue su tesis de doctorado. Y se le ocurrió fundar la colección Espirituales Españoles, con textos y monografías. Yo le aconsejé que formara un comité de colaboradores y lo hizo. Fue una colección muy rica, le animé a llegar a un centenar de obras clásicas que no estaban accesibles. La colección fue muy bien en el tiempo

de Sáinz Rodríguez. Ahora va por el cuarenta y tantos y es una riqueza para la historia literaria y la historia de la espiritualidad. Precisamente acabo de publicar el tomo cuarenta y seis: Gregorio López, *Declaración del Apocalipsis*». La fecha en que apareció fue 1999, poco antes de realizarse la entrevista de referencia.

Aporta una idea que me parece relevante. Se trata del sentido que él tiene del excesivo protagonismo que se ha dado en España a las por otra parte figuras señeras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. En la historia de la espiritualidad en España todo se han centrado de modo casi exclusivo en Santa Teresa y San Juan. «Creo –añade– que más interesante que hacer una historia de la espiritualidad es hacer ediciones de los textos. Se trata de salvar el patrimonio. Hagamos iglesias nuevas, pero salvemos las que son ya patrimonio de la humanidad. Estos libros de espiritualidad son fundamentales». En efecto, el padre Huerga ha predicado con el ejemplo. No se puede aportar mayor ejemplo que el haber editado las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada, en los 52 volúmenes que venimos diciendo. Era una empresa arriesgada, poco productiva económicamente, pero que se le metió entre ceja y ceja y el resultado ya lo estamos viendo porque, en efecto –y en esto lleva toda la razón– hay que salvar ese patrimonio de la humanidad que constituyen estos libros de espiritualidad, prácticamente inaccesibles para la mayoría. Si así se hubiera actuado desde hace muchos años, con seguridad que hoy tendríamos una historia de la espiritualidad e incluso de la literatura española muy diferente, porque el siglo XVI fue en España un periodo de enorme vitalidad espiritual, algunos de cuyos autores están todavía faltos de una mínima lectura por lo inaccesibles de las fuentes documentales.

Cuando se le pregunta por aquella época en relación con la supuesta vitalidad de la contemporánea, su respuesta es tajante: «A mí no me gusta hacer comparaciones entre épocas. La historia de la humanidad es la historia de un pueblo que va caminando y se va haciendo al compás del tiempo y de los problemas. La España del siglo XVI es una España muy rica. Llegó a ser la primera potencia, no solamente política, sino también una potencia teológica, una potencia de intensidad de vida. ¡Qué galería de santos tan grande! Pablo VI en la canonización de San Juan de Ávila dijo que la época del Apóstol de Andalucía tiene muchos puntos análogos con la época que estábamos viviendo en el siglo XX. La época aquella fue magnífica, la época presente creo que tiene unos problemas que al irse finalizando el siglo se agravan.» El padre Huerga, tras la etapa granadina y tras su relación con la Fundación Universitaria Española, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y las principales editoriales de su

materia estaba ya absolutamente consolidado en el mundo científico y espiritual. Es una personalidad estimada y respetada.

Álvaro Huerga vuelve a Roma pasado 1960, con la tarea de suceder al padre Garrigou en la Cátedra del *Angelicum*, uno de los destinos más prestigiosos para cualquier personalidad que se dedique al mundo de la religión. Dos años después obtuvo el nombramiento de Maestro en Teología, una especie de cátedra de reconocimiento a toda una vida. Cuando el periodista le pregunta por aquella ‘oposición’ (entendida como terrible contienda ante tribunal durísimo), el padre Teruelo, siempre abierto, siempre humano, siempre claro y tajante, insiste en que él no ha hecho ninguna oposición, que él no ha ganado nada, porque entre los dominicos se tenía la costumbre de destinar a cada miembro de la orden a aquello para lo que se creía mejor formado y con él contaron para los más elevados puestos, como esa cátedra del *Angelicum* romano. Él lo cuenta así, con esta claridad: «Yo no he ido a la cátedra por oposición. He ido siempre por invitación. No he hecho oposiciones para nada. Entre nosotros los dominicos se destina a cada uno para aquello para lo que se cree que vale, y a mí me destinaron allí. Yo hice una tesis allí en Roma, sobre la evolución de la doctrina espiritual de Fray Luis de Granada y fue juzgada bien. Como ve, llevo estudiando a Fray Luis de Granada desde jovencito. Y me propusieron dar clases en Roma y acepté».

En efecto, así fue, rechazando incluso impartir lecciones en la Pontificia de Salamanca, que no aceptó, o dar cursos en Burgos, que tampoco aceptó. Cuando después le ofrecieron impartir docencia en América aceptó sin la menor vacilación, curiosa paradoja. «Eso sí lo ha aceptado –dice– y estoy encantado. Me invitaron a dar unos cursos a Puerto Rico y gracias al nuevo programa que se divide en semestres pude aceptar. Dije: voy a probar y ya llevo veinticinco años». Esto lo decía a la altura del año 2000. Hoy ya lleva 35 años en Puerto Rico.

Su última etapa la viene desarrollando en Florida. Esperemos que ya sea definitiva, porque no tiene intención de volver a España, según nos comunicó personalmente. Respecto a su estancia americana no cuenta más que hechos positivos, para su investigación y su fe. «La experiencia americana –comenta– ha sido estupenda, porque me ha permitido conocer desde Canadá hasta Argentina. He dado cursos en Chile, y he dado conferencias de Buenos Aires, y en Perú, aunque siempre me he centrado más en el Caribe. Y ahora que estoy jubilado sigo, porque una cosa buena que tienen los americanos es que no pueden discriminar por la edad. No es como en Europa, que a una cierta edad hay que jubilarse, por ejemplo

en Roma». Esa es su experiencia y, por supuesto, no se arrepiente, pues la libertad de poder hablar a sus anchas, con todos los pronunciamientos universitarios con 86 años es algo que él, como tantos americanos, estima en mucho. «Puerto Rico –dice– a mí me ha descubierto América. He dado cursos también en México, pero el clima es muy pesado y no me sentó nada bien. En Puerto Rico propuse dar clases un semestre y tener el otro libre para mis investigaciones. Gracias a eso he podido publicar el *Episcopologio de Puerto Rico*» que, como es sabido, apareció en la Universidad Católica de Puerto Rico¹⁴. Es decir, en el padre Huerga se ha dado y se da una situación sabida pero poco entendida por los europeos en su última dimensión: está comprometido con dos obligaciones, el apostolado y la predicación por una parte, y la investigación por otra, que divide casi de manera matemática: seis meses a cada una al cabo del año. De esta etapa puertorriqueña destaca su gran dedicación a resaltar la labor española en aquellas tierras, consolidada en el estudio de los distintos obispos que se han venido sucediendo en aquella tierra. «El primer obispo de América –dice– fue el de Puerto Rico y el último de la colonia también. He publicado nueve tomos en los que abarco esa historia. Es una historia como la que mi querido amigo José Goñi Gaztambide publicó sobre los obispos de Pamplona». Se refiere a la *Historia de los obispos de Pamplona*, aparecida nada menos que en once tomos, del profesor Goñi. La labor investigadora de Huerga se centró en aquellos tan desconocidos personajes, de auténtica valía a su juicio, a los que, a la altura del año 2000, había dedicado nada menos que cuarenta monografías: «Al primero, Alonso Manso, le he dedicado un tomo entero, y a Arizmendi otro. Es un trabajo que voy haciendo fundamentalmente a base del Archivo Vaticano y del Archivo de Indias de Sevilla, sobre todo de éste. Ahora estoy tratando de hacer un tomo sobre los obispos norteamericanos, ya que desde el cambio de soberanía los obispos fueron norteamericanos».

Esta dedicación que se ha impuesto voluntariamente le ha llevado a conocer la historia de la religiosidad de los caribeños como nadie ha conocido jamás, incluso la de los primeros historiadores, manejando materiales de primera mano y rindiendo un impagable servicio al conocimiento de estas cuestiones para siempre: «También quiero publicar –añade– un tomo sobre el primer historiador de Puerto Rico, Diego de Torres Vargas, que es una personalidad interesante», para cuya documentación ha utilizado, como es obvio, el Archivo de Indias.

¹⁴ Ponce, 1987 y 1994.

Dedica el entrevistador, por fin, una parte sustancial de la entrevista a lo que se comenzó denominando en América la «teología de la liberación», con la cual se creyó relacionado un tiempo al padre Huerga, según sugiere Requena: «Cambiano un poco de rumbo, me gustaría seguir con un tema que creo que usted ha reflexionado precisamente en su contacto con la realidad americana. Me refiero a la teología de la liberación. ¿Me equivoco si afirmo que es un tema que le ha interesado desde sus comienzos?» La respuesta es clara y contundente, con la franqueza habitual en él: «Le diré brevemente que no quiero que me digan que fui uno de los que introdujo la teología de la liberación». Así de tajante se expresa. Pero a renglón seguido añade: «Era un tema de teología que a mí me encantaba, como el tema de los laicos, de la espiritualidad seglar, como el tema de la teología vivencial. Y empecé a estudiar la teología de la liberación, podríamos decir, por una vía paralela a la de la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez y de otros así, que para mí es inaceptable y que, gracias a Dios, ya está de capa caída. Estos teólogos, como Gustavo Gutiérrez, ciertamente han partido de un presupuesto válido, que es el conocimiento experimental de la realidad socio-religiosa de muchos países de América».

Poco después añade, ya más claro y más seguro: «Cuando yo empecé a visitar los países de América, conocí en Chile las ‘callampas’, que son cinturones de miseria donde viven como animalitos. Las ‘villas de miseria’ de Buenos Aires, las favelas de Río de Janeiro, los ‘ranchos’ de Caracas. Todo aquello es una realidad sociológica de gran magnitud. Los teólogos de la liberación han tenido esa sensibilidad cristiana, pero se han equivocado luego en dos cosas: la primera, al aplicar a la religión un esquema político y la segunda, al apoyarse en el materialismo dialéctico de Marx».

A partir de ahí ya deriva hacia una serie de cuestiones teóricas, sobre si la teología de la liberación tiene o no su origen en Santo Tomás y sobre aspectos que podríamos considerar como puramente técnicos. Sin embargo, de todo ello queda claro que para Huerga Teruelo no es aceptable la derivación política que adquirió; la apoya como manifestación de libertad humana, pero nunca por lo que tiende al materialismo dialéctico. Dicho más claramente: jamás acepta y mucho menos defiende la política marxista que subyace en la aplicación de la teología de la liberación americana porque —afirma— en Santo Tomás se trata de una «liberación espiritual, de una liberación del pecado o de la esclavitud del demonio», etc., etc., no de un compromiso político.

También se le sugiere si la teología de la liberación podría tener origen en el Padre Las Casas, al que por cierto dedicó Huerga un cumplido

estudio. En principio no lo descarta, aunque con las naturales diferencias temporales y de mentalidad, ya que se trata de un clérigo del siglo XVI en el que jamás podrían haberse planteamientos entonces absolutamente utópicos. Bartolomé de las Casas fue primero sacerdote secular y luego dominico, como el padre Huerga, cuyas obras completas fueron editadas por Alianza Editorial hace algunos años, hombre polémico donde los haya. De sus opiniones respecto a él sólo recojo estas frases: «La figura de Bartolomé de las Casas la considero extraordinaria. Tópica si se quiere. Fue un hombre que dedicó toda su vida a defender a los indios, lo que era empresa imposible. Había muchos intereses creados. Y ahí se estrelló. Estos indios lo habían perdido todo; perdieron hasta sus dioses. Es una pérdida que hay que valorar. Uno que pierde su libertad se convierte en esclavo. La encomienda era una manera de esclavitud. Pierden las tierras, porque ya no son suyas. Y pierden sus dioses, que aunque sean falsos, eran sus dioses.» No se puede decir de manera más clara. Y esto lo dice alguien que vive en aquella zona y, en cierto modo, defensor del padre Las Casas, al que dedicó mucho de su tiempo.

No me gustaría concluir esta presentación del padre Huerga sin destacar las dos grandes obras por las que sin duda ha pasado ya a la posteridad: la primera es la *Historia de los alumbrados (1570-1630)*, que publicó la Fundación Universitaria Española (Seminario Cisneros), Madrid, 1978-1994. El tema de los alumbrados ha dado lugar ya hoy a una compleja bibliografía, tanto en relación con lo que podríamos llamar la base extremeña, la de Llerena, como con la de la Alta Andalucía, la de Baeza. El origen de esta secta está en una Iglesia acaso corrupta y entregada a numerosos rituales, que termina convirtiéndose en hervidero de movimientos espirituales, cuyo último fin en el siglo XVI es el cambio de una religiosidad externa y jerarquizada, que evoluciona hacia un cristianismo interior, que es lo que entendemos por alumbradismo. El término ‘alumbrado’ aparece en principio para designar a una persona piadosa y amante de la espiritualidad intimista, de ese naciente cristianismo interior. Pero de esa primera fase, comúnmente aceptada, pasa luego a adquirir un matiz de desprecio, luego de herejía y, finalmente, hasta lujurioso en el peor sentido, de manera que lo místico y lo herético se terminan envolviendo en la misma dinámica.

El padre Huerga entendió muy bien lo que él llama ‘los dos alumbradismos’ y los diferencia netamente; así hay un alumbradismo emprendedor, vivificador y purificador, que no salió de los límites de la ortodoxia, aunque se echó encima a los jueces al sentirse implicadas tan altas instancias como Íñigo de Loyola, Juan de Ávila y Teresa de Jesús. Y hay otro

alumbradismo que rompe los moldes y cae en la heterodoxia; pero aun así es el típico exponente del alma humanística, alma abierta al paisaje, límite de sí misma, alma que se alimenta porque tiene hambre y sed de Dios. Son los alumbrados de aquí. Por fin, hay un tercer tipo, el degenerado, el que se va a hacer famoso por las persecuciones que sufrió en todos los libros de espiritualidad. En efecto, ya en 1525, la Inquisición de Toledo dictó una serie de medidas contra los alumbrados o ‘dejados’, al conocer que había personas –decía– que proferían y publicaban algunas palabras ‘que parecían desviarse de nuestra fe católica y de la común observancia de los fieles cristianos y de nuestra Santa Madre Iglesia’. Este primer edicto ‘contra los alumbrados, dejados y perfectos’ del Reino de Toledo lleva fecha, pues, de 1525. Es el primer texto donde se condena de manera expresa a aquellos personajes, a los que se tacha ya de desviados.

Pero estaba por realizar la verdadera historia, con textos y documentos de primera mano. Y esto fue lo que hizo el padre Huerga. En ella, de manera absolutamente novedosa, pergeña como tal vez nadie habrá escrito un libro sobre el espíritu liberal de la historia de España. Es el que nos ha permitido conocer a fondo aquel movimiento en todas sus manifestaciones y del que forma parte *Los alumbrados de Baeza*. Se constituye por derecho propio en un texto epónimo de toda la crítica histórica y literaria, que alcanza incluso a la filología española. El padre Huerga se refiere a la etapa de su investigación en los siguientes términos: «Yo empecé a estudiar el tema de los alumbrados dentro de la historia de la espiritualidad como una desviación de la mística ortodoxa. Estos movimientos surgen en el entorno de renovación espiritual que tuvo lugar en la Extremadura del siglo XVI. Extremadura sufrió un problema social importante a partir del descubrimiento de América, y es que los hombres se marchaban de allí. Extremadura era una región pobre. Se queda aquella zona sin hombres y se forman grupos de seudomísticos».

En aquella región se inicia el fenómeno que habría de tener tanta repercusión en las tierras de Jaén, concretamente en la Universidad de Baeza. Nos cuenta cómo se aficionó al estudio de los alumbrados: «Empecé a estudiar a estos grupos precisamente cuando trabajaba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Como le dije, había trabajado en la organización de las Semanas Teológicas, y el director me dijo: dame una idea, escoge un tema para un proyecto de investigación. Dije: voy a coger el tema de Alonso de la Fuente». Como es bien sabido, Alonso la Fuente fue el descubridor de los alumbrados. En esa ‘elección’ tuvo que ver bastante Menéndez Pelayo, que en su famosa *Historia de los Heterodoxos Españoles* realmente lo maltrata. Estamos ante un asunto que a partir de los

años setenta del siglo XX comenzó a cobrar un renovado interés, precisamente por la vinculación de las grandes universidades con este aspecto de la espiritualidad. Relaciona también a Salamanca con este asunto, desde donde se fue extendiendo con mayor virulencia a Extremadura, hasta que llega a Baeza. Y aquí aparece ya implicado uno de los rectores, nada menos que Bernardino de Carleval, según dice Huerga, ejemplo interesantísimo de prevalencia de esta que fue calificada como secta.

No olvidemos la vinculación que se estableció también de Santa Teresa con la secta, «monja carmelita en Ávila», de «unos clérigos confesos», es decir, judíos conversos. El propio Huerga se detiene en otros ejemplos interesantísimos de procedencia docta, además de Carleval, como Francisco Hernández, Diego Pérez de Valdivia, así como en el rumor efusivo que corre entre las beatas acerca de las relaciones portentosas de la monja carmelita de Ávila, entonces una figura lejana y sin el prestigio del futuro. Por supuesto, todos se refieren implícitamente al *Libro de la vida*, que conocen sólo algunos privilegiados. Sin embargo no faltan beatos que compren su libro y lo relacionan con el *Libro de revelaciones* de Santa Catalina de Siena y aun ponen a la abulense cien codos por encima de las recogidas en él. «La comparación —dice Huerga— es improbable, por no decir imposible, si no anduviesen por medio clérigos que constituyen una especie de núcleo de revelaciones y origen de toda una serie de pesquisas por parte de los inquisidores». Porque, en efecto, sabido es que los alumbrados constituyeron objetivo primordial de la visita de Alonso López, el famoso inquisidor de Córdoba, que viene a Baeza, donde esperaba cobrar copioso botín acerca de la que se estimaba ya como indudable secta. Habla incluso de ratificar los testimonios contra Hernando de Herrera y Diego Pérez, ya detenidos por presunto crimen, así como de la abundante información recogida que hizo el tal Alonso López contra beatas y clérigos bajos y, por supuesto, contra los principales, personajes de la talla de los citados Carleval y Francisco Hernández, aunque se amplían las pesquisas nada menos que en torno a Teresa de Jesús, Pedro de Ojeda, el doctor Diego Pérez, etc. Toda esta abundante información se recogía con la intención de probar su carácter heterodoxo.

Pero todo esto en aquellos momentos tiene un nombre principal: Alonso de la Fuente, el descubridor de los alumbrados. «La verdad —añade— es que Menéndez Pelayo lo maltrató. Yo quise ‘liberarlo’ de los malos tratos. En Salamanca tenía sus ‘memoriales’; desde ahí me fui extendiendo a los alumbrados que pululaban por toda Extremadura. Estos grupos de alumbrados giran en parte en torno a la mística de San Juan de Ávila, son como grupos derivados. Dedicué después otro tomo —el segundo— a

estudiar los alumbrados del Alta Andalucía». En efecto, en este tomo es donde se inserta *Los alumbrados de Baeza*. Pero no terminan ahí sus investigaciones. Tal vez el aspecto más desconocido y llamativo sea el estudio de los alumbrados de América, del Perú en concreto, que pretendían nada menos que rebelarse contra la autoridad del Papa y de España. El padre Huerga estudiará la vinculación de estos personajes baezanos y extremeños con la realidad americana. Así lo expresa:

«En mis viajes a América descubrí, leyendo a Bataillon –uno de los autores más importantes para la historia del espiritualidad española– un artículo que publicó sobre Francisco de la Cruz. Bataillon sólo había encontrado la mitad del proceso de Francisco de la Cruz. Yo, por casualidad, encontré la otra mitad, gracias a la buena costumbre que tengo de ir revisando un legajo tras otro. Entonces decidí estudiar todo el movimiento de una teología de la liberación en el siglo XVI, donde un grupo de dominicos y de jesuitas se ‘alzaron’ contra el Papa y contra el Rey de España». Repárese en que no son pocos los rasgos que califican a los alumbrados como un movimiento de teología de la liberación y de rebelión en pleno siglo XVI y capitaneados nada menos que por dominicos y jesuitas. «El tema de fondo –insiste– era: Nuevo mundo, Nueva Iglesia, desvinculados de Roma y de España. Ésa sería la idea general y todo el proceso de los alumbrados del Perú». Es decir, que también en América hubo alumbrados y, evidentemente, emparentados con los de España, porque pensaron con cierta razón que en América, lejos de tantos controles, era donde mejor podía ejercerse la nueva espiritualidad. Y, en efecto, así sucedió.

El padre Huerga estudió, por tanto, no ya la vinculación de los alumbrados con la América Hispana sino el desarrollo preciso de todo el grupo, fundamentado en una nueva espiritualidad, que allí tenía mayores posibilidades de desarrollo, como así sucedió. Probablemente este aspecto de la espiritualidad alumbradista no lo habríamos conocido desde nuestras tierras y seguramente sin Huerga Teruelo no habría llegado jamás a valorarse y a relacionarse.

Así refiere este aspecto de su peripecia investigadora: «En México, mientras daba unos cursos en la UNAM, me metí en el Archivo General de la nación. Allí me encontré con gran cantidad de sorpresas, porque el Archivo General de la Nación tiene casi íntegro el archivo de la Inquisición. Aunque algunos fondos están en Estados Unidos, los han robado, pero están localizados. Entonces publiqué un tomo sobre los *alumbrados* como movimiento de tipo *liberacionista*, mientras que los de México fueron de tipo más bien apocalíptico. El tomo tercero lo dediqué por tanto a México y Perú».

Huerga cuenta, asimismo, cómo fue conformando el tomo cuarto, que está dedicado íntegramente a los alumbrados de Sevilla y que tiene una importancia decisiva por la especial virulencia de la Inquisición en aquella ciudad: «Luego me quedaba otro movimiento –dice–, que se formó el Sevilla en el siglo XVII. Fue el tomo cuarto. El quinto y último es una cala en temas generales y en personas concretas. En él aparece San Ignacio de Loyola, que no era un alumbrado, pero tenía aparentemente algunas similitudes de ambiente. Lo procesaron siete veces. Se marchó de España porque lo iban a meter en la cárcel y no iba a salir. Dios escribe derecho con renglones torcidos».

El conjunto de la obra, pues, consta de cinco tomos, como fruto de una recurrente e insistente dedicación del padre Huerga a un estudio que estimamos como decisivo y por el cual hoy se le reconoce en la comunidad científica del mundo entero. Con su habitual modestia él se refiere a los años invertidos en tal trabajo: «Le ha dedicado –dice– veinticinco años a este trabajo, cinco años por tomo. No exclusivamente, pero sí con constancia y sobre todo con trabajo de archivos. *La Historia de los alumbrados* es –se atreve a comentar– una obra bastante seria. Algunos me han dicho que soy muy prolijo. Me parece que no se puede hacer de otra manera, no podemos confundir los alumbrados de Perú con los de México, son cosas distintas. Yo además publico los documentos. No me interesa sólo pergeñar un estudio histórico. Me interesa publicar los edictos, los autos de fe, las sentencias, la correspondencia, los votos de los inquisidores, etc., etc.» Y, en efecto, así es. El resultado es este espléndido libro, que no tiene parangón, a mi juicio, con otros de similar asunto publicados en tan dilatada etapa. El tomo de los baezanos tuvo la suerte de ver la luz en Jaén, por la razón de ser agraciado con el premio Cronista Cazabán, tal como dijimos.

En la otra gran obra del padre Huerga, además de su fervor por el reformador y profeta al que ya había estudiado en un importante trabajo aparecido en Madrid 1988¹⁵, se manifiestan sus indudables dotes de editor y organizador. Nos referimos a la tan citada como monumental edición de las *Obras Completas* de Fray Luis de Granada. Dicha gran empresa había venido precedida de los pertinentes y recomendables estudios. Federico M. Requena le pregunta por el origen de ese proyecto, que tanto significó para el padre Huerga. Y responde: «Yo me he metido en una empresa que es superior a mis posibilidades: la edición crítica y completa

¹⁵ Fray Luis de Granada, *una vida al servicio de la Iglesia*, BAC, Madrid, 1988.

de las obras de Fray Luis de Granada. A raíz del centenario de su muerte, en 1988, me preguntaron: ¿qué se puede hacer para celebrar el centenario? Dije: lo primero que hace falta es una biografía. Me dijeron: escribela tú». Y, en efecto, la escribió. Es la citada *Una vida al servicio de la Iglesia*, que publicó la BAC en 1988. Pero en el Congreso de Granada se puso de relieve que Fray Luis era el autor español que tenía más ediciones, porque había nada menos que 4000 ediciones de sus escritos y que se estaba reeditando continuamente fuera de España. Dice Huerga que se acababa de editar en Nueva York el *Camino de Santidad* según Fray Luis de Granada, libro muy apreciado por los católicos americanos. Asimismo informa de que, más recientemente aún, en el año 2001, se había traducido de nuevo al italiano su famosa *Guía de pecadores* y el *Libro de la oración*, que acababa de publicar de nuevo la BAC.

Pero nada de esto era definitivo sin poder leer sus creaciones: la gran empresa era la edición de las obras completas y de ello nos da cumplida referencia en esta entrevista: «En el Congreso, yo estaba nombrado director técnico y dije que habría que uniformar las referencias de todos los trabajos que se iban a publicar en las actas, citándolos todos por la edición de Cuervo. La edición de Cuervo es una edición hecha a principios del siglo XX, pero contiene las obras castellanas nada más. Aunque lo ideal –dije– sería tener una edición nueva. La idea pareció bien y se me confió el encargo». Así empezó esta magna empresa. Modestamente añade: «Al comenzar la edición calculé que saldrían treinta tomos. Después me dijeron en la Fundación Universitaria Española, que patrocina la edición, que hoy no tiene ningún interés publicar sin traducción las obras latinas. Esas obras son las más interesantes. Él escribió en español a los españoles, pero escribió el latín para los europeos. Para Europa entera. El idioma de la comunidad europea culta era en su tiempo el latín. Decidieron que había que ponerlas en castellano; entonces de treinta subían a cuarenta. Pero cuando he empezado a publicar me he dado cuenta de que no van a ser cuarenta, serán más».

Cuando concluyó la edición fueron 52 tomos, lógicamente. Lo que merece al padre Huerga una peculiar reflexión es la importancia de dar a conocer su obra oratoria. Había una necesidad absoluta de ella. Es una gran obra. Y añade: «La obra oratoria de Fray Luis es magnífica. Fray Luis de Granada escribió *sermones de tiempo* en varios ciclos. Para cada día no escribe sólo un sermón, sino dos o tres, y a veces cuatro. Estudiando su *Retórica* se da uno cuenta de la preparación que tenía para el difícil arte de escribir y hablar bien. ¿Qué autor español puede presentar más de cuarenta tomos? No creo que haya ahora mismo ningún autor cuyas

obras llenen más de cuarenta volúmenes. Las obras castellanas son diecinueve tomos, que ya están publicados. Las portuguesas son dos tomos; y las latinas con traducción al español son más de veinte tomos». En aquel momento estaba Huerga enfrascado en esa dura labor, a la que había de dedicar de ocho a diez horas diarias y, como él dice, poca gente puede ayudar en esta tarea: «Hasta ahora –añade– el *pondus laboris* lo llevo yo». Y así ha sido hasta el final. Cuando se publica la entrevista sólo habían salido 24 tomos. Mucho hubo de trabajar en los siguientes años (2000-2007) para completar la edición.

El otro gran asunto por el que se le inquiera es el reconocimiento por todos los estudiosos de la figura de Santa Teresa y, en general, sobre la función de la mujer en la Iglesia. Poco antes el entrevistador le pregunta sobre Juan de la Cruz como teólogo, a lo que Huerga responde precisando la peculiar dimensión del Santo en estas cuestiones: «San Juan de la Cruz es doctor de la Iglesia, es doctor místico, es doctor de la poesía. San Juan de la Cruz me encanta. Yo daba casi todos los años un curso sobre San Juan de la Cruz a través de los ciclos del amor: cómo es el amor en *Noche oscura*, cómo es el amor en *Cántico Espiritual*, cómo es el amor en la *Llama*. Lo he estudiado muchísimo....» Lo ha explicado en cursos desarrollados por toda la geografía americana. Pero sus últimos trabajos son sobre Santa Teresa, acaso en compañía de Santa Catalina de Siena, la mujer que más ha influido en la Iglesia Católica. De la santa abulense dice: «Santa Teresa es encantadora como mujer, con un instinto teológico sagaz, como se ve en una carta que escribe a Fray Luis de Granada en la que dice, le leo: ‘De las muchas personas que aman en el señor a Vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad por haberle dado a vuestra Paternidad para tan grande y universal bien de las almas. Teresa de Jesús». Huerga nos ofrece su opinión: «Teresa de Jesús tiene un estilo sencillo y una gran sagacidad teológica. Cuando yo escribí un ‘voto teológico’, por encargo de la Congregación de los Santos, sobre el nombramiento de Santa Teresa de Jesús como doctora de la Iglesia –para el de San Juan de la Cruz lo hizo el padre Garrigou-Lagrange– uno de los argumentos que di fue que tenía una *ciencia teológica vivencial*».

A partir de ahí se extiende sobre la función de la mujer en la Iglesia y de la mujer en la vida y en la historia: «El tema de la mujer me ha interesado siempre. Desde estudiante he sido muy feminista, quizá por el cariño que le tengo a mi madre. Yo creo que mi formadora fue mi madre. Mi padre era un trabajador, mi madre se dedicó más a la casa y a los hijos». Refiere que cuando tuvo que realizar una especie de trabajo

de licenciatura lo hizo precisamente sobre el feminismo cristiano. De ese trabajo, que en cierto modo viene a completar, compendiar y concluir su verdadera personalidad en esta biografía que trazamos, nos dice lo siguiente: «Estudié el tema de modo especial cuando me pidieron trabajar sobre la posibilidad de declarar a las mujeres doctores de la Iglesia. Este encargo lo recibí del cardenal Larraona. Entonces hice un viaje a lo largo de toda la filosofía para estudiar el contexto de la mujer. Recorrí la filosofía griega y descubrí que para aquellos filósofos la mujer es un varón frustrado, siempre el concepto de la mujer como ser pasivo. Luego hice un viaje explorador por el mundo de las mezquitas, y me fui a Turquía. Al preguntar por las mujeres en la mezquita de Damasco me contestaban: las mujeres están en su casa, para rezar ya están los hombre. ¡Psicología musulmana!».

Pero no solamente era entre los musulmanes, cosa de sobra sabida, porque afirma que en el mundo hebreo sucedía lo mismo. Sobre ella se tenía una opinión displicente, negativa, absolutamente contraria a la mujer en todos los aspectos y sin matices. Así lo expresa: «Es un poco lo mismo que también encontré en el mundo hebreo. En el mundo hebreo la mujer siempre estuvo humillada. Hasta hace poco hemos tenido esa sociología judía de San Pablo, según la cual la mujer sólo podía entrar cubierta en la iglesia. Todo ese mundo me ha revelado que la Iglesia en ocasiones se ha adaptado a esa sociología y a esa psicología sobre la mujer, primero por su falta de instrucción, segundo por motivos biológicos». Es decir, para Huerga se ha cometido con la mujer una injusticia de dimensiones cósmicas, que abarca a las tres grandes religiones monoteístas y que ha durado milenios, por lo que se impone la reparación inmediata de tal injusticia, que llega hasta el siglo XX y hasta personalidades como la del mismo Papa. A este propósito refiere una anécdota que nos permite penetrar en la persona de Huerga y en su apertura de miras cuando el profeminismo era excepción.

«Cuando pidieron a Pío XI que declarase a Santa Teresa doctora de la Iglesia, dijo: *sexus obstat*. Yo terminaba mi estudio haciendo una comparación y salvando el famoso texto de San Pablo, diciendo que se trata de un texto de tipo práctico y no dogmático. Y contesté: *Nihil obstat*». Es decir, la opinión del padre Huerga es absolutamente favorable a la mujer; así ha sido y así lo seguirá siendo. Su conclusión a la altura del año 2001 es que el problema de la mujer en la Iglesia es –simplemente– que hay que revalorizarla. El tiempo transcurrido –menos de diez años– no ha hecho sino darle la razón.

Este es el padre Huerga, un feminista convencido, un hombre que mira a los tiempos modernos desde sus 86 años, que fue capaz de escribir artículos tan peculiares y valiosos como ‘¿Luteranismo, erasmismo o alumbradismo sevillano?, en la *Revista Española de Teología*¹⁶, de presentar ponencias del mayor interés en múltiples coloquios, congresos, etc. celebrados en diferentes países, que es consumado especialista en asuntos tan complejos y candentes como el erasmismo en España o que fue capaz de escribir una espléndida *Historia de los dominicos en Andalucía*, aparecida en Sevilla 1992, una obra sobre *El tribunal de México en la época de Felipe II*, etc., etc. Nos hallamos ante un hombre que se constituye en un auténtico sabio y que es motivo de orgullo para los giennenses en general y los baezanos en particular. Tiene el valor y el rigor de haber escrito uno de los libros más completos que conocemos sobre el pasado de la Universidad de Baeza, en una dimensión absolutamente nueva y a contrapelo, libro que no ha perdido ni un ápice de su actualidad y que por eso se debe reeditar por la institución que vela por las publicaciones de calidad que atañen al antiguo Reino de Jaén, el Instituto de Estudios Giennenses, reedición que vendría a coincidir con el V centenario de la llegada de San Juan de Ávila a estas tierras, a la vez que pone en marcha una empresa de opinión que fue gloria de Andalucía por varios siglos.

¹⁶ 1984, vol. 44, 2

